

de algo mayor. Esa es su magia, esconderse a la primera mirada. Su lectura requiere una hermenéutica de la sospecha y del asombro. Todo está dicho y nada está dicho. Leer entre líneas, leer los márgenes, leer lo marginado y marginal, descubrir lo semejante y lo distinto en un lenguaje que reconoce su grandeza en lo elemental.

### PLÁTANOS

*Qué más podemos hacer dos  
[matas de plátanos junto al río.  
Todo se acaba, todo termina,  
[menos el amor que nos  
[tenemos.*

*Con nuestros racimos colgando  
[en la brisa y con la lluvia,  
[susurros y caricias por las  
[noches.*

*Los tontísimos tomates  
[cambiarían de colores si nos  
[vieran queriéndonos de día.*

*Con la brisa y nuestros cuerpos,  
[sin las cuentas, ni teléfonos; sin  
[buscarnos por el mundo.*

*Sólo plátanos felices con el sol y  
[muchas lluvias para que nos  
[crezca la familia.  
(Por las tardes le agradecemos  
[al sol todos sus colores,  
y nos los trae sin falta al  
[otro día).*

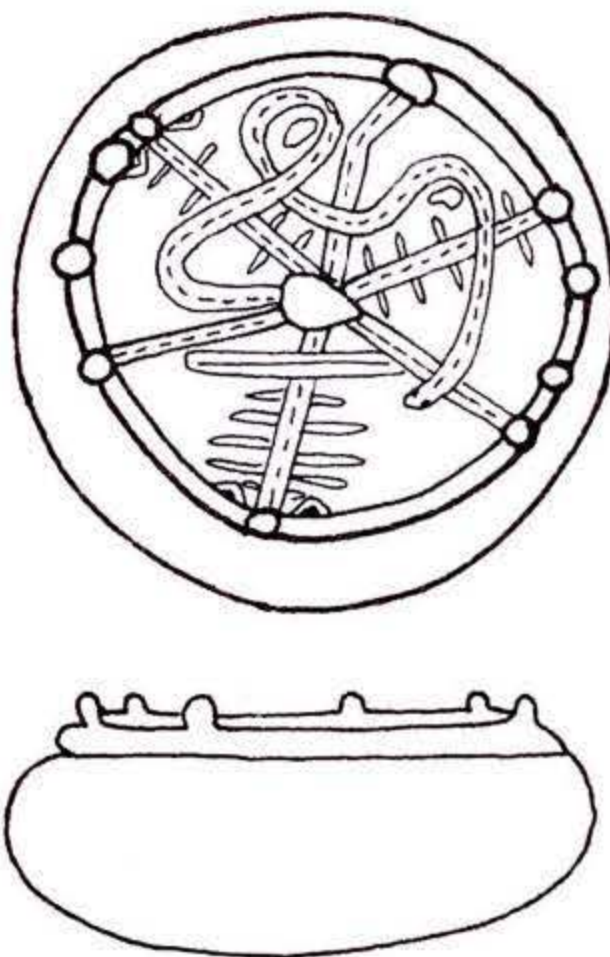
*Plátanos eternos hasta cuando  
[vengan a decirnos que  
[nos vamos a otra parte.*

*Mientras tanto, caricias y  
[susurros en el río, unas nubes  
[muy amigas, unos árboles  
[nuestros testigos.*

Este extraño, pero bello poema de amor, en su aparente llaneza encierra la poética perseguida por el autor. El resultado es una “fascinación en lo simple”, un viaje hacia una poesía-objeto, poesía polimorfa que reconstruye el “mitema” de los simbolistas.

Galeano crea una gran poesía con “palabras pequeñas”, crea un paisaje virtual con una voz cada vez más

cercana al habla viva. Me recuerda el *Poema sucio* de Ferreira Gullar: desencadenamiento de la sintaxis, fluir irregular de metáforas, fragmentos de frases coloquiales, en un tono prosaico-cronístico, alcanzando el punto más alto de una investigación arqueológica y verbal. *Amazonia* es una autobiografía. Esta autobiografía sólo resulta posible a condición de ciertas presuposiciones metafísicas.



Saludo, pues, con emoción —como lo han hecho ya Charles Simic y Ferreira Gullar— esta poesía renovadora y transgresora, y no dudo en calificarla como extraordinaria y de primer orden en la actual poesía colombiana.

JORGE H. CADAVID

## El brillo era crepuscular

**Una luz en la colina de San Antonio**  
*Henry Valencia*  
(prólogo de William Ospina)  
Hombre Nuevo Editores, Medellín,  
2003, 65 págs.

En las bandas de colegio el bombo marcaba el ritmo. Todavía recuerdo esos años finales de la década de

los sesenta cuando salíamos en fiestas patrias peruanas a desfilas por las calles del distrito y la capital, según el número de compañías (por años y estaturas) y el tamaño del plantel. Muchos colegios limeños (privados y nacionales, laicos y religiosos) con sus bandas más o menos de vigor, más o menos preparadas. Pertenecer a la banda era como jugar fútbol por la selección del año o del colegio: una protección exclusiva contra la crueldad de los propios compañeros y los mayores. Recuerdo aún las voces de los vigilantes brigadieres de los años superiores —palo vallejiano o varita mágica del abuso de poder— que indicaban cómo recuperar el ritmo perdido: “¡Bombo al pie izquierdo, bombo al pie izquierdo!”.

William Ospina, en la presentación de este libro, marca ese ritmo semántico, digámoslo así, que los poemas de Henry Valencia repetirán con devoción. Al margen de Borges y Jorge Guillén, fuentes de autoridad del prologuista, el plato fuerte es esa cosa mantecosa y mentecosa que es el idealismo cuando se expresa como un dogma sin las ventajas de la sal y la pimienta:

*En algún lugar de su obra, Hölderlin declaró que la poesía no es el lenguaje de la comunicación, sino el modo como un ser declara la tensión de su alma, el modo como está acordado su ser; Novalis, que en el poema basta con la unidad de emoción. Ambas cosas siento en estos poemas de Henry Valencia, tan armoniosos en su unidad, tan cercanos y tan lejanos del mundo conocido, tan semejantes a la naturaleza en su ritmo y en su misterio. Tal vez descubrir su secreto no sería sólo descifrarlos, sino descifrarnos.* [pág. 10]

De hecho que Hölderlin y Novalis están eximidos del énfasis con que el ensayista colombiano se apechuga con estos conceptos. Si en la década de los setenta y ochenta el poeta J. G. Cobo Borda pasó de ser un *hippy* de Volkswagen de la crítica al Mer-



cedes Benz de la diplomacia poética, la posmodernidad —esa hetaira de sacerdocios de medio pelo— le ha caído a Ospina como anillo al dedo. Empezó su ascendente carrera a mediados de los años ochenta en calesita de feria de barrio bogotano y con paciencia y buena prosa terminó en carroza supersónica y no sólo con discípulos que lo adoran<sup>1</sup>. Seré, entonces, el terco militante que, como hincha de equipo que pelea los últimos puestos de la tabla, no da el brazo a torcer en sus convicciones. Y me pregunto: ¿para qué leer al Octavio Paz ensayista si uno puede leer a William Ospina? Y claro que muchos poemas de Henry Valencia le dan en la yema del gusto de tanto secreteo y cifras de lo misterioso:

*Ahora, de nuevo, te busco entre  
[los signos oscuros que  
caen de mis manos,  
y no te alcanzo y comprendo  
[que te he perdido,  
indescifrable...  
[Alejandro Ariza, pág. 16]*

*En ese frío febril, esa  
[embriaguez,  
que ascendería por los pies  
[inermes  
le fue revelada...  
[...]  
en este cuerpo y su espíritu  
distráidos  
en las arduas alquimias de la vida  
[Virginia Tascón, pág. 17]*

*Y todavía  
como una intuición, algo que  
[me fuera revelado...  
[Una luz en la colina de San  
Antonio, pág. 20]*

*Hace tres días que la observo  
ir y venir por toda la casa  
misteriosa e indescifrable...  
[Una balada para septiembre,  
pág. 25]*

*malvas sinuosos, sensuales,  
que se levantan en el verde ojo  
[magnético  
como una señal súbita, apenas  
[un relámpago...  
[Una morada de infancia, pág. 27]*

*¿De barro inesperado era  
[también la lluvia,  
de vuelos que descifran en el  
[aire secretos?  
[Este lento instante que regresa,  
pág. 29]*

*Mareados de rumor y de  
[contacto,  
ebrios de revelación...  
[Niebla, pág. 40]*

*Por cuáles indescifrables  
[camino...  
[Cantiga, pág. 41]*



No en balde, junto a estas señales de misterios y secretos, hallamos otras compañías que sorprenden: junto a Borges y Robert Graves se cuelan Ezra Pound y Pablo Neruda<sup>2</sup>. Si estamos hablando de quien ya no es un joven poeta, lo esperable sería que para estas alturas ya hubiese cazado un decir. Esto significa que la poesía en cuanto a la factura tiene poco que ver. Acá los poemas están “bien escritos”, plantean con claridad sus principios y direcciones, en el tema amoroso y en la reflexión acerca del tiempo. Pero no es suficiente para exclamar que estamos en presencia de una obra que nos conmueve con encantos propios. De los autores de *La diosa blanca* y *El hacedor* proviene esta mezcla peligrosa o mimética:

*Yo he visto a la nerviosa  
[salamandra mimetizarse  
en las figuras del adobe,  
yo he visto a las zigzagueantes  
[salamandras, en la vieja  
cocina de la casa,  
[agitarse entre el hollín del  
[fogón,  
yo he visto a la milagrosa  
[salamandra del fuego...  
y he soñado con el cántaro  
[generoso, esbelto, con el  
cántaro antiguo,  
[levemente cascado,  
con el cántaro exudado de ocre  
que guardaba un agua pura, una  
[ínfima gota de agua,  
que en el cántaro despertara  
[un rumor profundo,  
líquido, placentero.  
[Una luz en la colina de San  
Antonio, pág. 19]*

Hay algo demasiado calculado en estos poemas, como si evitaran el mínimo tropezón, como si la cautela fuese un pasaporte al Parnaso. En el estrecho de Bering es un ejemplo claro de precisión en una estructura que se mantiene en vilo gracias a la anáfora. Su sencillez descriptiva, todo un riesgo dentro de la tutela y ostentación cultural, es una ganancia. He aquí los versos finales:

*y la pupila se agiganta  
y se alzan los brazos  
como en una oración  
y los labios principian una  
[palabra  
y  
el último ánade, el extraviado,  
el ánade migratorio, pico rojo,  
[jaspeado de nieve,  
también canta.  
[pág. 23]*

Esto demuestra a las claras que los únicos misterios y secretos de la poesía se descubren en la práctica de la palabra, en el poema que poco a poco (o de un golpe de suerte) sale del combate, respirando. Y si canta, mejor que mejor. Osadía le diremos.

EDGAR O'HARA  
Universidad de Washington  
(Seattle)



1. Por ejemplo, Ramón Cote —poeta notable— respeta muchísimo un libro como *Hilo de arena* (1986), que a mí me parece simplemente malo. Óscar Torres Duque —poeta y ensayista de calibre— admira también a Ospina. Y me dicen que hasta García Márquez lo pasea en carro por la Ciudad de México. Me saco el sombrero ante estas muestras de devoción. Qué será, pues. Ha de ser una persona simpatiquísima ante la que sólo cabe la adoración. Eso significa que sus textos, dentro de cien años (si alguien los visita), tendrán que defenderse solitos.
2. Un epígrafe de Pound en el poema *De los días y las noches* (pág. 35). El poema *Mientras los arabescos del deseo rozan flores rojas en tu pecho*, por más que parezca consigna maoísta de los años setenta, tiene una cercanía a *Alba* de Pound. Unos versos de *Instante* (pág. 47): “Luego / emprendimos el breve viaje sobre olas que semejaban un verde mármol...”, recuerdan (“Y entonces descendimos a la nao, / pusimos quilla a las olas...”) el comienzo de los *Cantos*.  
El Neruda de *Residencia en la tierra* es palpable, auditivo y oloroso en estos versos de un título también poundiano: *Silva Nympharum*: “...si otra vez minerales y vegetales armonías, rumores, / nutrieran el ritmo elemental, el sonoro torbellino secreto de la sangre. / hecho de inefables sustancias nocturnas, atónitas e insaciadas sustancias” (pág. 43).

## El oro sueña con palabras, quién lo diría

### Otro

Óscar Torres Duque  
Editorial Universidad de Antioquia,  
Medellín, 1999, 59 págs.

En la falsa portadilla, a modo de subtítulo, unas fechas: poemas, 1994-1995. Entonces queda establecido el nexo (rompecabezas o *puzzle*) con los demás libros del autor, pues si el primero vio la luz en 1994 y coincide con las fechas de composición del presente volumen, siete poemas de éste han integrado también el conjunto que recibió el Premio del Ministerio de Cultura en 1997; además,

para complicar las cosas, diez poemas de la susodicha fuente estaban ya en el libro inicial. Se hace, pues, necesaria una recopilación que ponga este universo en su sitio, o fije una cronología menos redundante<sup>1</sup>. Y es que los poemas de *Manual de cultura general* tienen la pinta de ser tradicionalmente lo que son, allí donde los textos de *Visitación del hoy* empezaron a alterar la perspectiva con varios e interesantísimos puntos de vista: lírico, narrativo y sobre todo ensayístico. ¿Habrá que recordar que en 1992 nuestro poeta ganó otro premio nacional —categoría ensayo— con un libro muy breve y polémico: *La poesía como idilio: la poesía clásica en Colombia?* Muchos poemas de *Visitación del hoy* y casi todos los de *Otro* han adquirido la apariencia de ensayos en verso, dicho esto con todo respeto y propiedad. Recuerdan esas exploraciones de la poesía estadounidense a cargo de Charles Olson y Robert Duncan: la materia poética lo es al mismo tiempo de una “idea” que despunta, que exige un tratamiento discursivo y simultáneamente se resiste a convivir con los secretos usuales de todo poema (una anécdota, por mínima que fuere; una resolución sorpresiva; el recorte continuo de elementos hasta quedarse con los esenciales al significado). En los poemas de Torres Duque ocurre lo contrario, y el desafío radica en lograr que el texto mantenga una tensión entre aquello que predica y el despliegue de referencias culturales y de grupo (una vida universitaria, unos amigos, unas lecturas). En *Otro* podemos rastrear esta línea:

*Pero los años no maduran al  
[que nace para ser un ensayo  
de sí mismo.*

[...]

*Las mismas tragedias se repiten,  
[los mismos miedos:  
yo conozco el juego, lo teorizo,  
pero nada impide que repita mis  
errores, que huya del mismo  
vano desafío, que malogre  
[sin querer mis seducciones.*

*[Soliloquio del amor oculto,  
pág. 15]*

*¿A dónde ir? ¿A dónde fue?  
Seguramente no muy lejos y en  
[vano ensayo la nostalgia.  
El recuerdo es material  
[desechable, bien pronto en la  
basura,  
y los tópicos latinos se agotan en  
[fórmulas que ya no ayudan  
a la brega.  
[Diana Karina, págs. 23-24]*

*Un ensayo, una clase, preguntas  
[y respuestas.  
Los restos calcinados del  
[Sí-Mismo aún humean;  
voy a la universidad esquivando  
[charcos de sangre, apartando  
con el pie cadáveres  
[mutilados, usando el  
pañuelo con frecuencia, que no  
[me mate el hedor  
a sal y chamusquina.  
[Tesoro, pág. 52]*

*Algo se aprende cada día y más  
[cuando el mundo no es más  
que un dato erudito en tu  
[diccionario, una quimera  
aburrida o una pasión que  
[termina volviéndose  
palabras, lágrimas, profusos  
[ensayos de filosofía.  
[Monasterio, pág. 55]*



El “teorizar” se vuelve praxis dentro de cada texto. ¿Cómo evitar los peligros del aburrimiento expresivo, de la monotonía que se le va de las manos al poeta? Una forma es mediante el humor, que en esta